

## ¡Viva Nuestra Señora de Guadalupe!

By: Br. Anthony John Mathison O.P.



El año es 1487. El Templo Mayor de Tenochtitlán, la capital del imperio Azteca, es dedicado de nuevo a los "dioses" del paganismo azteca. Según los relatos de los propios aztecas, más de 80.000 seres humanos fueron sacrificados a estos demonios disfrazados de "dioses." Se decía que la sangre de los sacrificados corrió como un río a través de la ciudad, y los corazones rasgados de las víctimas que aún latían, se recogieron en cuencos

ofrendas.

Relato esta historia bastante macabra, para subrayar lo mucho que el engaño del Maligno había corrompido al pueblo de América Central. Satanás había pervertido tanto su cultura, que ofrecían a sus hijos como sacrificio, hacían guerras para sacrificar a las víctimas, y adoraban a un panteón de dioses falsos e ídolos. De hecho, el pueblo mexicano y los Mayas adoraban a un dios conocido como Quetzalcóatl, la "Serpiente Emplumada". Ellos estaban tan engañados que realmente adoraban al diablo en la misma forma en que se les apareció a Adán y Eva!

Por lo tanto, el pueblo mejicano estaba sufriendo bajo un imperio Azteca opresivo y aún más opresivo, la

la esclavitud del pecado y de la muerte. Necesitaban la luz pura del Santo Evangelio, y que la habían necesitado desde hacía algún tiempo.

Esa luz se produjo cuando Don Hernán Cortés y su grupo de Conquistadores desembarcaron en las costas de México. En el lapso de dos años, los ejércitos de la España católica, apoyados por las tribus nativas, destruyeron el cruel Imperio de los Aztecas. Ellos hicieron añicos los ídolos y las imágenes de los dioses falsos, y derribaron el templo maldito en Tenochtitlán. Cerca del lugar de esa casa de la oscuridad, fué construida una Iglesia Católica para que brillara como una luz en toda Centro América con el Santo Evangelio de Nuestro Señor y Salvador, Jesucristo.

Los misioneros que vinieron antes y después de Cortés a la tierra de México, encontraron gente convertida entre los nativos. De importancia para nuestra historia era un hombre que se llamaba Cuauhtlatoatzin. Él era nativo de Mexico, casado, agricultor, propietario de tierras, y fabricante de alfombras. Su nombre significa "Aguila que habla", y, teniendo 47 años de edad a la llegada de Cortés, sin duda vió los sacrificios brutales y ritos de la religión Azteca. En 1525, apenas unos años después de la llegada de los Españoles, él y su esposa se convirtieron y fueron bautizados. El tomó el nombre de "Juan Diego".

Su fé era fuerte, y ellos caminaban juntos desde su pueblo de Tolpetlac, a la ciudad de Tlatelolco, parte de lo que más tarde se convertiría en la ciudad de México, con el fin de ir a la Santa Misa y realizar diligencias diarias. En su camino cruzarían el cerro del Tepeyac. Sin embargo, en 1531, San Juan Diego haría este viaje solo. Su mujer había fallecido y lo único que le quedaba de familia era su tío, Juan Bernardino. No tuvo hijos.

Un Sábado justo antes del amanecer, San Juan Diego se dirigía a Tlatelolco a fin de asistir a la Santa Misa. Era Diciembre 9, 1531; el día en que la Santa Iglesia Católica, Este y Oeste, celebraban la concepción de la Madre de Dios en el vientre de su madre, Santa Ana.

Cuando llegó a la parte inferior de la colina de Tepeyac, oyó un canto procedente de la cumbre. A él le sonó como un coro de hermosas aves de canto. Levantó la mirada hacia lo alto de la colina y se preguntó si estaba en el cielo, por la experiencia tan hermosa que él estaba teniendo. Pronto, el canto se detuvo y escuchó una voz llamándolo a él: "Mi pequeño Juan; Juan mi pequeño Diego." Él se acercó a la voz, y cuando llegó a la cumbre del cerro del Tepeyac, vió a una mujer de pié delante de él que le hacía señas para que se acercara.

La ropa nativa tradicional de la Señora se puso brillante como el sol, y el acantilado donde estaba era tan resplandeciente como una piedra preciosa. Su sublime *resplandor* afectó todo su alrededor, ya que incluso las malezas parecían tan hermosas como las flores más exquisitas. Se inclinó ante ella, y escuchó como ella le habló en su lengua nativa de Náhuatl.

La dama le preguntó: "Mi pequeño Juan, el más humilde de mis hijos, ¿a dónde vas?" San Juan Diego respondió que él iba a aprender la Fe Divina. La Señora entonces le reveló quien era ella, con estas palabras:

*"Quiero que sepas y comprendas bien, el más humilde de mis hijos, que yo soy la Siempre Virgen Santa María, Madre del Dios verdadero, por quien todos vivimos, el Creador de todas las cosas, Dios del cielo y de la tierra. Me gustaría que un templo se erigiera aquí rápidamente, para que en él, yo pueda exhibir y dar todo mi amor, compassion, ayuda y protección a ti y a todos los habitantes de esta tierra y todos los que me aman, invocan y confían en mi, porque soy su madre misericordiosa. Ahí deseo escuchar sus lamentos, y remediar todas sus miserias, penas y dolores. Y para lograr lo que mi clemencia busca, ve al Palacio del Obispo de México, y le dices que he manifestado mi gran deseo, que aquí en éste llano se construya un templo para mí. Tu le relatarás con exactitud, todo lo que has visto y admirado y también lo que has oído. Puedes estar muy seguro de que voy a estar muy agradecida y te recompensaré, pues te haré feliz y serás digno de recompense por el esfuerzo y fatiga en lo que obtengas por lo que yo te he encomendado. Bueno, has oído mi mandato, mi humilde hijo, ve y pon adelante todo tu esfuerzo".*

San Juan Diego accedió a cumplir con lo que la Madre de Dios le había pedido, y de inmediato fue a la Ciudad de México.

No le tomó mucho tiempo a San Juan Diego llegar al palacio del nuevo Obispo de México. Su nombre era Juan Zumarraga, y él era un Franciscano de origen español. Después de esperar un buen tiempo para ver al obispo, San Juan Diego fue admitido y, con la ayuda de un traductor Náhuatl, le dijo al obispo todo tal y como la Virgen le había mandado

El Obispo Zumárraga, estaba comprensiblemente escéptico. El cerro del Tepeyac era un lugar donde los

Mexicanos paganos adoraban a una diosa del maíz. ¿Cómo podía estar seguro de que éste indio de habla Náhuatl no estaba simplemente mezclando la falsa religión de sus antepasados con la Fé ortodoxa? El Obispo le dijo a San Juan Diego que regresara a la casa y que volviera más tarde.

Tan puro y tan niño como era, San Juan Diego estaba destrozado. De regreso a casa en la aldea, él volvió a pasar por el cerro del Tepeyac. Una vez más, la Virgen se le apareció exactamente en el mismo lugar que se le había aparecido esa misma mañana. Cuando la vió, cayó postrado y le dijo todo lo que había ocurrido. Le pidió a la Virgen que enviara a otra persona – a alguien de mayor importancia y renombre; alguien a quien el obispo respetaría y creería. Nuestra Señora le dijo a su "pequeño Juan" que, aunque no tenía muchos mensajeros para escoger, ella lo había escogido a él para esta tarea. Ella le aseguró de su éxito, y le rogó que volviera al día siguiente a expresar su mensaje.

Al día siguiente, un Domingo, San Juan Diego se dirigía a la ciudad de México para asistir a la Santa Misa y visitar al Obispo por segunda vez. Una vez más fue admitido a la presencia del Obispo, y una vez más le relata lo que la Virgen le había dicho. El Obispo todavía no le cree, y le pide que produzca alguna señal para probar que verdaderamente la Madre de Dios era la que le hablaba. San Juan Diego aceptó con entusiasmo, para gran sorpresa del Obispo.

Regresando a Tepeyac, San Juan Diego le dijo a la Virgen de lo que había pasado, y ella le aseguró suavemente que ella efectivamente proporcionaría un milagro. Ella le volvió a pedir que viniera al cerro del Tepeyac al día siguiente, a la que él estuvo de acuerdo. Cuando él regresó a su aldea, se enteró de que su querido tío estaba mortalmente enfermo de la peste (probablemente la viruela). Su tío le suplicó que saliera temprano en la mañana, para conseguir un sacerdote de Tlatelolco para que pudiera recibir los últimos sacramentos antes de morir. No hay duda de San Juan Diego luchó interiormente con este cambio de planes, pero no obstante, estuvo de acuerdo.

A la mañana siguiente, un Martes, 12 de Diciembre, San Juan Diego se dirigió hacia Tlatelolco. Él tenía temor sin embargo, de reunirse de nuevo con Nuestra Señora, por lo que tomó un camino diferente. A medida que iba alrededor de la colina del Tepeyac, sin embargo, él vió a Nuestra Señora descender desde lo alto de la colina y vino a su encuentro dónde él estaba. Ella preguntó a dónde iba su hijo, a lo que San Juan Diego inclinó su

cabeza, y le explicó su situación. Le rogó a la Virgen que tuviera paciencia con él, y que, después de completar la petición de su tío, él volvería a el cerro del Tepeyac. Una vez más, la Virgen prodigó su dulce compasión a su humilde hijo. Ella le aseguró que su tío se curaría y que no moriría. En ese mismo momento, de regreso a Tolpetlac, Juan Bernardino fue curado milagrosamente de su enfermedad.

Nuestra Señora luego compartió con San Juan Diego de la señal que le daría al Obispo. Ella le dijo que en la parte superior de la colina, él iba a encontrar rosas raras de Castilla, las cuales, él iba a recoger y traérselas a ella. Estas rosas eran nativas de la región de Castilla en España; la región de donde el Obispo Zumárraga había venido. Ellas no deberían haber florecido en Diciembre, y mucho menos en el Tepeyac en México! Y, así y todo, San Juan Diego encontró rosas ahí, de todos los colores. San Juan Diego las reunió rápidamente y las envolvió en su tilma (un delantal de tela de fibra de cactus). El regresó con las rosas donde Nuestra Señora y ella misma los colocó en su tilma. Ella entonces le dijo con severidad que iba a desplegar su tilma y a revelar las rosas sólo para el Obispo. Estuvo de acuerdo a su petición, y ató un extremo de su tilma de su cuello; doblando así el delantal para llevar las rosas. A continuación, comenzó su viaje a la Ciudad de México, sin darse cuenta de que esta era la última vez que San Juan Diego iba a ver la aparición de Nuestra Señora.

Cuando él llegó al palacio del Obispo, fue detenido por los funcionarios. Al ver que llevaba algo en su tilma, comenzaron a presionarlo para revelar su contenido. Con el fin de proteger las rosas frágiles de el manejo brusco de los criados, él las descubrió un poco. Los siervos se sorprendieron al ver las rosas castellanas de muchos colores, y tres veces obligaron a sus manos para agarrar unas de ellas. Sin embargo, cada vez que trataron de coger las rosas, se sentía como si estuvieran simplemente pintadas sobre la tela. Estaban tan sobrecogidos por esto, que informaron al Obispo, quien de inmediato admitió a San Juan Diego en su presencia.

San Juan Diego, apretando con cuidado la tilma doblada, relató todo lo que había experimentado desde su último encuentro con el Obispo. Le habló de signo de la Virgen para traer las rosas, y con gran alegría desplegó su tilma, permitiendo una cascada de rosas de colores caer al suelo.

De repente, el Obispo y sus ayudantes cayeron de rodillas ante San Juan Diego. Las lágrimas fluyeron de sus ojos y el Obispo Zumarraga rogó a la Madre de Dios para que los perdonara por ser tan incrédulos. Impresa

en la tilma había un santo ícono de Nuestra Señora, tal como ella se le había aparecido a San Juan Diego!

Con gran cuidado el Obispo retiró la imagen milagrosa del cuello de San Juan Diego, y la llevó a su capilla ante la Presencia de Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento. Muchos de los asistentes y sirvientes del Obispo se acercaron al santo ícono y besaron el borde de la tilma en veneración de la imagen milagrosa.



Al día siguiente, 13 de Diciembre, el Obispo Zumárraga y su séquito acompañados de San Juan Diego fueron al lugar donde la Virgen había mandado que se construyera un templo en su honor. El Obispo entonces acompañó a nuestro santo a su casa en Tolpetlac a ver a su tío. Tal como la Virgen le había dicho, Juan Bernardino estaba libre de cualquier enfermedad. Además, contó que la Virgen se le había aparecido como lo había hecho a San Juan Diego en el Tepeyac. Nuestra Señora le dijo a Juan Bernardino, que ella iba a ser conocida como "La Bendita Imagen, la Siempre Virgen Santa María de Guadalupe." Al oír ésto, el Obispo estaba aturdido. En España hubo otra imagen de la Virgen en un lugar llamado "Guadalupe" Por otra parte, el nombre de "Guadalupe" suena muy cerca de una palabra Náhuatl "Cuatlshupe", que significa "Guadalupe". Ella, es quien aplasta la serpiente" Indudablemente, esta era una referencia bárbara al paganismo azteca que había adorado y tallado ídolos de piedra, "dioses" de la serpiente. Al tomar este nombre, Nuestra Señora estaba mostrando su superioridad y la de su Hijo, sobre todos los dioses falsos e ídolos de los mitos Aztecas.

El obispo pronto comenzó la construcción de una capilla en la cima del cerro del Tepeyac. El día después de Navidad, el ícono santo fue trasladado con gran júbilo a la nueva capilla. Obispo Zumárraga hizo a San Juan Diego el sacristán de la capilla, y pasó el resto de su vida diciendo a la gente de lo que había visto y oído. En 1548, San Juan Diego se quedó dormido en el Señor, como lo hizo el Obispo Zumárraga, con solo unos días de diferencia.





A los diez años, después de la aparición de Nuestra Señora más de ocho millones de mexicanos han sido bautizados en la Santa Fe. Esta explosión de la conversión y devoción continuó extendiéndose a lo largo de México en los años por venir. El pueblo Mexicano vió en esta imagen de piel morena y tierna la realidad del Dios Viviente que los amaba y no preguntaban por su carne y sangre. En cambio, este buen Dios les dio la Carne y la Sangre de su Hijo en la Sagrada Eucaristía.

En 1709, una basílica masiva fue dedicada a la Virgen de Guadalupe en el cerro del Tepeyac. Sitio donde antes había una falsa capilla de una diosa demonio, ahora se alzaba un templo majestuoso y santo al Dios Vivo, y dentro de el cual se mantuvo el icono que se conserva de la Virgen.

En 1972, se encontró que el suelo debajo de la Basílica, se estaba hundiendo, por lo tanto una nueva Basílica fué construida al lado de la Antigua.



Milagrosamente, todavía está el icono, que se conserva después de casi 500 años. Aproximadamente 15 millones de personas visitan la Basílica cada año; el mismo número de la población Mexicana, cuando la Virgen se apareció por primera vez a San Juan Diego.



La naturaleza milagrosa de este santo icono continúa desconcertando a los escépticos y es confirmado con análisis científico. En primer lugar, el material tilma tiene más de 475 años y se conserva en buenas condiciones ... un hecho que desafía toda explicación, puesto que la tilma se degrada naturalmente en unas pocas décadas. Además, los pigmentos a base de tierra que componen la imagen original, son muy ricos en color, mientras que otras decoraciones realizadas a través de los siglos por iconógrafos, están desapareciendo con el paso del tiempo. Por otra parte, la tilma no muestra rastro alguno de estiramiento previo y preparación, como sería necesario incluso para el pintor más especializada o iconógrafo. Aún más sorprendente es la disposición de las estrellas en el manto que cubre la Virgen: forman la constelación que se habría visto en el cielo en la noche de 12 de Diciembre de 1531.

Un secreto final se revela cuando los ojos de la Virgen se magnifican con herramientas modernas. Dentro de sus ojos aparecen imágenes de lo que parecen ser figuras humanas. Aunque la identidad de estos individuos sigue siendo objeto de debate; un ojo parece mostrar a San Juan Diego con su reveladora tilma de pie ante el Obispo Zumárraga de rodillas. Fuera este icono hecho por manos humanas, sería prácticamente imposible para un iconógrafo del siglo 16, poner esos pequeños detalles en la imagen. El hecho de que sólo se hayan descubierto recientemente apoya esta conclusión.

La fiesta de la Virgen de Guadalupe se celebra el 12 de Diciembre, aniversario de la manifestación milagrosa del ícono. San Juan Diego fue canonizado por el Papa San Juan Pablo el Grande en el año 2002, y su celebración es el 9 de diciembre; día en que a él se le apareció por primera vez Nuestra Señora en el Tepeyac. Nuestra Señora de Guadalupe es considerada patrona de México y de las Américas en conjunto.

Por ultimo, este ícono de la Iglesia da testimonio del poder perdurable del Evangelio, y el papel de la Virgen María en el anuncio a través de sus misteriosas apariciones. Además, como Americanos, Nuestra Señora de Guadalupe es nuestro orgullo y modestia aparte nuestra fuente para Jesucristo, quien fuera de su gran amor por este "Nuevo Mundo", envió a su Madre a visitarnos hace casi 500 años en la pequeña colina de Tepeyac. Por ello, damos gracias a Dios Vivo, que bendijo este gran terreno con una aparición tan hermosa y gloriosa de su Madre y nuestra Madre.